

**CAPITULO PARA EL LIBRO “NACIÓN Y REGIÓN”. COMPILADO POR
ARMANDO CARTES. EDITORIAL UNIVERSITARIA, SANTIAGO, 2020.**

El origen del Norte Grande de Chile: imagen y territorio¹

Sergio González Miranda

I. Introducción

Este escrito, no pretende ser un texto historiográfico en el sentido estricto del término, pues no relataremos y describiremos el Norte Grande de Chile respetando una temporalidad ni menos una espacialidad referida a localidades. Se trata más bien de un relato que pretende aproximarse tentativamente al origen histórico y sociológico del Norte Grande de Chile.

También se espera reflexionar sobre la relación entre el Norte Grande y el desierto de Atacama. Conocer cómo emergió -en el siglo diecinueve- la sociedad que habitó fragmentos del desierto de Atacama, reconociendo por cierto la existencia de otras sociedades anteriores. Si bien no hay simetría entre los límites político-administrativos del Norte Grande y el desierto de Atacama, existe una influencia mutua, especialmente a través de la minería metálica y no metálica, incluyendo a la extracción de los fertilizantes como guano y salitre. Minería que fue un atractor de la revolución industrial y la modernidad en este territorio, incluyendo la llegada de población desde los cuatro puntos cardinales del planeta, pero sobre todo desde las regiones aledañas y fronteras.

La historia del territorio que conocemos como Norte Grande no comenzó con la presencia del estado-nación chileno; al contrario, los periodos precolombino y colonial crearon sociedades complejas, debido principalmente a la presencia de culturas y civilizaciones como Tiawanaku (aymara) y Tiawantinsuyo (quechua), y, posteriormente, la cultura y civilización europea.

Durante el virreinato del Perú, el puerto de Arica alcanzó la categoría de Corregimiento entre 1535-1781². Incluso tuvo el honor de estar entre las ilustraciones del libro-denuncia de Guaman Poma de Ayala (1615), lámina 375, que actualmente consideramos es una de las joyas de la etnohistoria³.

La provincia de Arica (actualmente Arica-Parinacota) estuvo vinculada con Potosí durante el auge la plata, cuando se crea a partir del siglo XVI ese gran mercado interno que Sempat Assadourian denominó “espacio peruano”⁴. El historiador ariqueño Carlos Choque Mariño, ha estudiado los caminos reales que unieron el puerto de Arica con

¹ Este trabajo se preparó en el marco del Proyecto de Investigación Fondecyt Regular N° 1190303.

² Dagnino, Vicente. *El Corregimiento de Arica*. Imprenta La Época, Arica, 1909.

³ González, Carlos; Rosati, Hugo y Sánchez, Francisco. *Guamán Poma. Testigo del mundo andino*. Centro de Investigaciones Barros Arana, Santiago, 2003, p. 559.

⁴ Sempat Assadourian, Carlos. *El sistema de la economía colonial. Mercado interno, regiones y espacio económico*. IEP, Lima, 1982.

Potosí que, por entonces, era el centro o polo que generaba las fuerzas centrípetas y centrífugas del espacio peruano. Siguiendo a Choque Mariño:

En el siglo XVII el Corregimiento de Arica tuvo la visita Fray Antonio Vázquez de Espinosa, quien, en Compendio y Descripción de las Indias Occidentales, da cuenta de la existencia de numerosos Caminos Reales, que están acompañados de tambos y mesones para viajeros y arrieros (Duffait 2012). De igual forma, expresó que los caminos en la sierra deben sortear “muchas cuestas, quebradas y algunos valles” (Vásquez de Espinoza 1948: 363). Señalando además que al sur de Arequipa existen muy buenas lomas donde “ay oliuares y molinos de azeite y muchos ganados y los harrieros que andan del tragin de Arica a Potosi por la temporada echan a engordar sus mulas” (Vásquez de Espinoza 1948: 478). Uno de los valles descritos por el Carmelita fue Lluta, que está localizado al norte de Arica y alcanzando una extensión media de 80 kilómetros o 16 leguas, y que se caracteriza por un curso constante de agua, la que por su alta concentración de sales solo permite la producción de maíz, trigo, hortalizas y forrajes para los animales menores y mayores (Torres y Acevedo 2008). Por lo tanto, fue la ruta más propicia a Potosí antes de adentrarse en el desierto y los Altos de Arica (Dagnino 1909).⁵

Chile también estaba en el circuito mercantil en torno a Potosí, es decir, formaba parte del “espacio peruano”, como lo señala Sempat: “este espacio económico se superpone coherentemente con la zonificación política, en tanto se extiende sobre el ámbito real del virreinato del Perú. Actualmente, comprendería Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Argentina y Paraguay”⁶. Sin embargo, Arica (que correspondía a Perú) tenía una centralidad que no era comparable a ninguna otra provincia chilena de la época.

Tarapacá, la provincia vecina del sur, también tuvo una larga historia precolombina y colonial, especialmente aquella relacionada con Huantajaya, un mineral que llegó a su apogeo en la producción de plata en el siglo XVIII, aunque fue explotado por el primer encomendero de Tarapacá, Lucas Martínez Vegazo desde mediados del siglo XVI⁷. Hoy sabemos que era nada menos que la “mina del sol”, tan buscada por los españoles como el cronista y minero Pedro Pizarro⁸. Los incas ofrendaron allí, sobre la cima del cerro Huantaca o Esmeralda a dos doncellas traídas del Cuzco, capacocha que solo se explica por la presencia de ese cerro rico de plata⁹. El vínculo político administrativo de Tarapacá era con Arica, Tacna, Arequipa y Lima, sin embargo, los mineros tarapaqueños de la plata desde muy temprano se relacionaron con Carangas

⁵ Choque Mariño, Carlos. “Caminos reales y troperos. Las redes viales coloniales y las comunidades andinas en los altos de Arica (siglos XVI al XVIII)”. *Revista Chilena de Antropología* 36: 412-429, 2017.

⁶ Sempat Assadourian, Carlos. *El sistema de la economía colonial. Mercado interno, regiones y espacio económico*. IEP, Lima, 1982, p 113.

⁷ Trelles, Efraín. *Lucas Martínez Vegazo: funcionamiento de una encomienda peruana inicial*. Fondo Editorial PUCP, Lima, 1983.

⁸ Gavira, María Concepción. “Producción de plata en el mineral de San Agustín de Huantajaya (Chile), 1750-1804”. *Chungará, Revista de Antropología Chilena*, Vol. 37 N° 1, 2005, p. 39.

⁹ Orietta Ojeda et al., *Catálogo exposición Museo Regional de Iquique del proyecto “Remodelación de la sala Qhapaq Hucha de altura, momias Cerro Esmeralda” (2011-2012)*. IMI, Iquique, 2012.

y, por cierto, Potosí. Resulta interesante que ese vínculo con Oruro ha persistido hasta nuestros días, y siempre en contrapunto con el poder central, primero con Lima y después con Santiago, siendo el momento más emblemático de esa relación transfronteriza el año 1958 con la primera caravana de la amistad entre Iquique y Oruro¹⁰.

Por su parte, Antofagasta es la provincia que se identifica más estrechamente con el desierto de Atacama, o, el “descampado de Atacama”. A pesar de esta denominación, Victoria Castro demuestra que ya tenía presencia humana en asentamientos nueve mil años antes del presente¹¹.

Esta provincia también giró en torno a Potosí, a tal punto que el puerto de Cobija se habilitó en 1825, bajo el nombre de Lamar, por instrucciones de Simón Bolívar, para unir el litoral con Potosí. Según Isaac Arce, el trayecto de 150 leguas entre esos dos puntos se realizaba en 20 o 25 días.¹² Esa gran proeza hizo a larga inviable este puerto como proyección marítima de la república de Bolivia.

Antofagasta es la piedra basal del Norte Grande de Chile: primero, porque está relacionada con la conquista de Chile por parte de las expediciones de Diego de Almagro y Pedro de Valdivia¹³ y, segundo, porque a esta provincia llegaron los primeros flujos de chilenos, empresarios y trabajadores, que se adentraron al desierto o recorrieron la costa prospectando minerales desde inicios del siglo XIX, cuyos descubrimientos fueron el acicate para habitar todo el territorio y hacer surgir puertos, campamentos, estaciones y pueblos desde Taltal hasta el Loa. Sin desconocer la existencia de poblaciones autóctonas previo a esa inmigración chilena.

II. Atacama y el *Uti Possidetis Iuris*

No podemos eludir una discusión que es habitual entre especialistas que, si bien es anacrónica, siempre emerge cuando se menciona el origen del Norte Grande: el dominio jurídico de Atacama. Todos los territorios fronterizos al término del periodo colonial, como fue Atacama (donde coincidieron Perú, Bolivia, Argentina y Chile), supuestamente fueron divididos bajo el criterio del *Uti Possidetis Iuris* por las emergentes repúblicas hispanoamericanas.

Al momento de las independencias, para evitar violencia entre los Estados recientemente constituidos, se rigieron por la doctrina del *Uti Possidetis*. Sin embargo, una minoría de las repúblicas latinoamericanas definió sus fronteras por esta doctrina y, por lo mismo, Perú, Bolivia, Argentina y Chile tampoco lo hicieron.

¹⁰ González Miranda, Sergio. *Sísifo en los andes. La (frustrada) integración física entre Tarapacá y Oruro. Las caravanas de la amistad de 1958*. RIL editores, Santiago 2012.

¹¹ Castro, V.; Aldunate, C. y Varela, V. “Ocupación humana del paisaje desértico de Atacama, Región de Antofagasta”. *ARQ* N° 57, 2004, p. 16.

¹² Arce, Isaac. *Narraciones históricas de Antofagasta*. Corporación Pro-Antofagasta, 2004.

¹³ Advis, Patricio. *El desierto conmovido. Paso de la hueste de Almagro por el Norte de Chile*. UNAP, Iquique, 2008.

Como bien lo registra el historiador peruano Juan Angulo Puente Arnao: “Este derecho de organización, no dependía del nombre que la sección hubiera tenido bajo el antiguo régimen; llamárase Virreinato, como el Perú y Santa Fe; Capitanía General, como Venezuela y Chile; Presidencia (audiencia) como el Ecuador y Charcas; Gobierno, como Guayaquil y Jaén; cada cual tuvo derecho de disponer a su suerte, constituyéndose en nación independiente como el Perú y Chile...”; “... si tal derecho no hubiera asistido a esas subdivisiones no existiría en la América Española mayor número de estados libres que el de Virreinos, Capitanías y Audiencias existentes en 1810”¹⁴. Sin embargo, surgieron naciones como Uruguay y Paraguay que fueron solamente Intendencias. Es evidente que el *Uti Possidetis Iuris* no tuvo un efecto determinante, sino solamente orientador.

La doctrina del *Uti Possidetis Iuris* no sólo tomaba como antecedente las jurisdicciones que el imperio español había trazado en América, sino también permitía ir ajustando lentamente las fronteras desde realidades geográficas genéricas -la cordillera de los Andes, el desierto, ríos, etc.- hacia hitos con una mayor precisión¹⁵, porque las imprecisiones fueron motivo de los primeros conflictos. El espacio de frontera del desierto de Atacama, que dio origen a la Guerra del Pacífico, fue reivindicado simultáneamente por cuatro países, cada uno esgrimiendo importantes documentos sobre la base de esa doctrina jurídica.

El investigador de la universidad de Yale y de la *American Geographical Society*, Isaiah Bowman, quien recorrió este desierto en 1911, concluyendo: “Las citas de diferentes autores para demostrar los derechos del Perú, Chile o Bolivia (sobre el desierto de Atacama) han sido un método predilecto de argumentación usado por los escritores partidarios de cada uno de estos países. El método está invalidado en el terreno común por su absoluta inconsistencia. Tanto los unos como los otros pueden, y así lo han hecho, invocar importantes ‘autoridades’”¹⁶.

Adicional a lo anterior, durante la Colonia y al inicio de las repúblicas, el desierto de Atacama, con la imagen terrorífica del “descampado”, no fue un territorio apetecido y menos un lugar para ser habitado. Era un territorio de caravaneros, llameros, arrieros, militares, caminantes, sujetos en tránsito. En palabras de Bowman: “El poco valor de esta región y su carácter desconocido, hicieron que se concediera poca importancia al hecho de que los mapas la atribuyesen a tal o cual país.”¹⁷

La imagen del “descampado de Atacama”, heredado por los españoles, fue similar al rostro de la Medusa, donde sólo quienes estaban preparados y atentos, como Perseo, podían sobrevivir después de mirarle a los ojos. Las penurias que enfrentaron los

¹⁴ Angulo Puente Arnao, Juan. *Historia de los límites del Perú*. Imprenta de la Intendencia General de Guerra, Lima, 1927, p. 41.

¹⁵ Durán Bachler, Samuel. “La doctrina latinoamericana del Uti possidetis”. *Atenea* N° 432, 1975.

¹⁶ Bowman, Isaiah. *Los senderos del desierto de Atacama*. Imprenta Universitaria, Santiago, 1942, p. 106.

¹⁷ Bowman, Isaiah. *Los senderos del desierto de Atacama*. Imprenta Universitaria, Santiago, 1942, p. 106.

conquistadores que atravesaron el desierto, dejaron en el imaginario una idea del desierto como un espacio vacío e inhóspito.

Cuando, en el siglo diecinueve, se descubrió que ese territorio tenía importantes riquezas, y que no era inhóspito, pues se podía habitar y explotar, comenzó una disputa cuya principal consecuencia fue una guerra.

Entonces es preciso abandonar la perspectiva jurídica para incluir una sociológica, que explique la acción de habitar el desierto durante el siglo diecinueve. Hombres y mujeres tuvieron ante sí un territorio por explorar y explotar.

El historiador antofagastino José A. González, señala que Atacama fue una reivindicación chilena, porque el establecimiento del primer poblador en La Chimba - Juan López- comenzaría en 1866 el despliegue de lo que se llamaría Antofagasta¹⁸. Fue la población chilena la que la transformaría en el primer puerto de Bolivia. Al momento de estallar la guerra en 1879, dice este autor, “puede indicarse que se había extendido el conocimiento del desierto al descubrirse salitre por los hermanos Latrille en 1857. Pero fue con José Santos Ossa, en 1866, en el salar del Carmen, que el señalado recurso tuvo la mayor consecuencia para el destino comercial del páramo y de la novel Antofagasta. Aquello generó la concesión que obtuvo Ossa del gobierno boliviano, de 5 de septiembre de 1868, a favor de la Sociedad Exploradora del Desierto de Atacama. Los derechos de Ossa y sus socios se traspasarían a la empresa de Melbourne Clark y Cía., en marzo de 1869, interviniendo decididamente los capitales ingleses por medio de la Casa Gibbs y Cía.”¹⁹

Lo concreto es que esa ambigüedad sobre el descampado de Atacama posibilitó que los empresarios del salitre, por un lado, y las autoridades de facto bolivianas, por otro, abrieran las puertas del conflicto. El historiador peruano Jorge Basadre llamó a este período de Bolivia como del “caudillaje orgiástico de Melgarejo y Morales”, fue el mismo período cuando se firma el tratado con Chile de 1866, el que otorgaba mayores facilidades a los capitales chilenos y extranjeros para explotar el desierto de Atacama. De todos modos, Chile aceptó en 1874 firmar otro Tratado con el presidente Tomás Frías.

La perspectiva chilena al problema del “descampado” de Atacama puede resumirse en las palabras del ministro de Relaciones Exteriores, Alejandro Fierro, quien señalaba, el 18 de febrero de 1879: “El pueblo de Chile, que había llevado al desierto el trabajo, la vida y todas sus esperanzas, que instintivamente se inclinaba a considerarse dueño de aquellos territorios por los antiguos derechos de la república y por los títulos que acuerda el genio y el sacrificio, que componía el noventa y tres por ciento de sus habitantes”²⁰.

¹⁸ González Pizarro, José Antonio. “Bolivia y Chile (1810-200)”. En Pablo Lacoste (compilador). *Argentina, Chile y sus vecinos*. Colección Cono Sur, Caviar Bleu, Mendoza, 2005, p. 335.

¹⁹ Idem, p. 339.

²⁰ Alejandro Fierro. *Cuestión Chileno-Boliviana. Exposición del Ministro de Relaciones Exteriores de Chile sobre los motivos que justifican la reivindicación del territorio comprendido entre los paralelos 23 y 24 latitud sur*. Imprenta de La Patria, Valparaíso, 1879, p. 17.

Esa misma perspectiva sociológica de la ocupación del desierto de Atacama, la compartía uno de los primeros historiadores de Antofagasta: Isaac Arce. Arce señalaba en 1930 que, en 1871, Antofagasta, estaba “pletórica de vida. Su población se contaba por miles y, como es de suponerlo, nuestros connacionales eran los que superaban en número. Chilenos habían sido los descubridores del salitre; chilenos los que descubrieron el mineral de Caracoles y chilenos eran los que, en su mayoría, fomentaban y poblaban estos territorios. Ellos han sido siempre los primeros en las grandes aventuras, así como los primeros y los más audaces en las peligrosas excursiones del desierto”²¹. Esa perspectiva domina la historiografía antofagastina hasta la actualidad. Entre sus más destacados seguidores está José A. González Pizarro (2015).

Cuando comenzaron a valorarse las riquezas mineras: plata, guano, salitre, etc., entonces el desierto de Atacama comenzó a ser mejor conocido y valorado. El interés económico no fue exclusividad de uno de esos estados nacionales. Potencias extranjeras, especialmente europeas, se hicieron presente a través de sus Compañías, siendo la casa británica *Gibbs* el mejor ejemplo de la transformación del desierto de Atacama en una región periférica del capitalismo británico.

Esa presencia también fue conocida como *Pax Britannica* y estuvo relacionada con la Revolución Industrial, por un lado, y una política internacional basada en el colonialismo, por otro. Sin embargo, también se sustentó, como lo señala Imlah, “en la influencia que ella ejerció en las actitudes de otros pueblos y, por lo tanto, en las políticas de otros gobiernos debido a su enormemente admirada política liberal”²².

III. La segunda mundialización y la economía minera del desierto de Atacama.

La explotación del desierto de Atacama coincidió con lo que se conoce como la “segunda mundialización”²³. Marcello Carmagnani, prefiere, pensando en América Latina, denominar a este fenómeno como “occidentalización”²⁴. Marcello Carmagnani indica que la fase de maduración de la forma de occidentalización euroamericana acontece entre la segunda mitad del siglo XIX y primer tercio del siglo XX. Consideramos que el punto de arranque, tomando en consideración a los países latinoamericanos, coincide más con lo señalado por Carmagnani, pues, sin bien fueron muy heterogéneos sus iniciales proyectos políticos, coincidieron temporalmente en los

²¹ Arce, Isaac. *Narraciones Históricas de Antofagasta*. (1930). Segunda edición por la Corporación Pro Antofagasta, Antofagasta, 2004, p. 113.

²² Amayo, Enrique. *La política británica en la Guerra del Pacífico*. Editorial Horizonte, Lima, 1988, p. 22.

²³ La primera mundialización fue aquella asociada al capitalismo mercantil y al descubrimiento de América.

²⁴ Carmagnani, Marcello. *El otro occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*. Fondo de Cultura Económica, Fideicomiso Historia de las Américas, Serie Ensayos, México, 2004.

procesos de emancipación, consolidándose como estados-nacionales recién a mediados del siglo diecinueve.

Por otra parte, pensando en el ciclo minero del salitre, coincide con la inflexión de término de la “segunda occidentalización” señalada por Carmagnani²⁵, pues consideramos que es la Primera Guerra Mundial la que establece de modo definitivo el término de dicho ciclo, cuando los competidores sintéticos del nitrato chileno dominan el mercado internacional de los fertilizantes²⁶.

El dominio mundial de Inglaterra conocido como *Pax Britannica*, fue, sin duda, una relación de dominación-admiración que se estableció en los países del sur de América, no sólo a nivel de los gobiernos y, sobre todo, entre los emergentes empresarios, donde los mineros fueron un sector preponderante. Como dice Enrique Aramayo: “durante la *Pax Britannica* el libre cambio se impuso en el mundo; para tal proceso eran necesarios mercados como los de América Latina: grandes y caso sin competencia”²⁷. También era necesaria la presencia de empresarios locales que abrieran esos mercados, previo a la llegada del capitalismo británico en particular y europeo, en general.

Ejemplo de esa mentalidad que surgía mirando hacia Europa fue la del minero boliviano José Avelino Aramayo, quien presentó en 1861 al Gobierno boliviano un proyecto de ferrocarril para unir Bolivia con un punto del Pacífico, que estaría ubicado en Tarapacá. Fue aprobado y “Aramayo se dirigió a Europa para negociar un empréstito, tarea que logró llevar a cabo, el 1 junio de 1864, con la firma inglesa *The London County Bankun* por un monto de 1.500.000 libras esterlinas. Si bien no pudo concretar su proyecto, fue siempre la base de otros que sucedieron, especialmente los ferrocarriles salitreros que siguieron el trazado de este proyecto primigenio. Como Aramayo se pueden nombrar muchos otros empresarios que estuvieron en el origen de los proyectos ferroviarios asociados a la minería²⁸, donde el salitre lentamente comenzó a tener un papel dominante en el territorio comprendido entre los paralelos 19°35´S y 25°24´S.

A mediados del siglo diecinueve, asociada a la minería, en Perú, Bolivia y Chile, emergió una nueva elite empresarial, cuyo espejo eran empresarios extranjeros, especialmente europeos, que organizaban compañías con todas las características propias del capitalismo en la periferia. Personajes como Aniceto Arce, Gregorio Pacheco, Avelino Aramayo, Juan Francisco Rivas, José Díaz Gana, entre otros, vinculados a minas de plata como el cerro rico de Potosí, Guadalupe, Huanchaca, Coro Coro, Caracoles, etc. Será, sin embargo, el salitre el que domine el resto del siglo en

²⁵ Carmagnani, Marcello. *El otro occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*. Fondo de Cultura Económica, Fideicomiso Historia de las Américas, Serie Ensayos, México, 2004.

²⁶ González Miranda, Sergio. *Matamunqui. El ciclo de expansión del nitrato de Chile. La sociedad pampina y su industria*. RIL Editores, Santiago, 2016.

²⁷ Aramayo, Enrique. *La política británica en la guerra del Pacífico*. Editorial Horizonte, Lima 1988, p. 11.

²⁸ Luis Castro. “Espejismo en el desierto: proyectos ferroviarios e integración subregional (Tarapacá 1964-1937)”. *Revista Si Somos Americanos*, Instituto de Estudios Internacionales, universidad Arturo Prat, volumen V, año 4, 2003, 21-48.

Antofagasta y Taltal, con empresarios chilenos y bolivianos como Agustín Edwards, José Santos Ossa, Francisco Puelma, Zoilo Flores, Santiago Zanelli, Calixto Valverde, Pedro López Gama (brasileño), Leonardo Dolhabaratz, Francisco Manterola, Francisco Ojeda, Isaac Alcalde, Onofre Aramayo, etc. En Tarapacá, empresarios ingleses, chilenos y, por cierto, peruanos, especialmente tarapaqueños, habían logrado por vez primera poner competitivamente al salitre en el mercado mundial de los fertilizantes. El desierto de Atacama, a través de este fertilizante, especialmente desde que se impantaron máquinas de vapor a mediados del siglo XIX, formó parte de la economía-mundo.²⁹

En Tarapacá fue donde se inició el ciclo del salitre. Hubo tres momentos clave, en 1830 -cuando se constataron las primeras exportaciones exitosas de nitrato de soda-; 1872, cuando el salitre superó al guano en el mercado mundial de los fertilizantes³⁰ y se genera el primer *boom* industrial salitrero³¹; y 1878, cuando se introdujo exitosamente el sistema de lixiviación Shanks, tecnología de mayor complejidad industrial que dominaría la economía del nitrato y que, además, coincide con la administración chilena de esta minería.

A pesar de que el mercado internacional de los fertilizantes ya era capitalista y moderno hacia 1830, incluyendo el guano y el salitre, los procesos de producción y transporte del nitrato, ordenamiento y ocupación del territorio, las redes comerciales y políticas, la organización política y administrativa de la provincia, la vida cotidiana de la población, entre otros aspectos, todavía se sustentaban en una tradición económica, social y cultural propia del periodo colonial y de la minería argentífera. La elite tarapaqueña tuvo un papel crucial en el cambio cultural que permitió la emergencia de esta minería en su fase de oficinas de Paradas, aunque la presencia de empresarios exógenos fue relevante en el cambio cultural a partir de la fase de oficinas de Máquinas³². Es a partir de estos actores locales y regionales y su experiencia minera, que dicho impulso endógeno fue capaz de producir esta primera fase exitosa del salitre en Tarapacá. Esos actores se organizaron para iniciar esta nueva economía minera, enfrentando no solo el desafío que les imponía la naturaleza, sino también la modernidad que comenzaba a expresarse políticamente con la emergencia de las repúblicas y la presencia de otras elites provenientes del centro de la economía-mundo capitalista³³, especialmente desde Inglaterra³⁴.

No todas las visiones sobre la sociedad que ocupó el desierto de Atacama fueron optimistas y positivas. Al contrario, las imágenes más comunes sobre la industria y sociedad salitreras solían tener una carga negativa, incluyendo a los historiadores

²⁹ Wallerstein, Immanuel. *El moderno sistema mundial*. Siglo XXI Editores, Madrid, 2010.

³⁰ Bonilla, Heraclio. *El minero de los Andes: una aproximación a su estudio*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1974; y H. Noejovich y A. Vento, *Guano, salitre y finanzas públicas: el Pacífico en el siglo XIX*, Documento de Trabajo N°273, PUCP, Lima, 2009.

³¹ Billinghamurst, Guillermo. *Estudio sobre la geografía de Tarapacá*. Imprenta El Progreso, Santiago, 1886.

³² Luis Castro. "Actividad minera, actores locales y planteamientos de desarrollo regional (Tarapacá 1880-1930). *Revista de Estudios Atacameños* N° 22, 2002, 77-89.

³³ Immanuel Wallerstein. *El moderno sistema mundial*. Siglo XXI Editores, Madrid, 2010.

³⁴ E. Semper y E. Michels. *La industria del salitre en Chile*. Imprenta Barcelona, Santiago, 1908.

modernos. En una de ellas se le representa como un enclave económico que permitió el enriquecimiento de grandes compañías extranjeras, mientras se extraía un recurso natural del que solo el desierto de Atacama era poseedor en cantidades industrializables. Otra, tiene que ver con la justicia social, donde las grandes huelgas obreras han ocupado un lugar relevante, destacándose la de Iquique del 21 de diciembre de 1907³⁵. También los campamentos salitreros, construidos de costra y latas, ofrecen una imagen privilegiada sobre las precarias condiciones de vida de los mineros del salitre y sus familias³⁶. En lo político, la imagen se relaciona con el abandono del Estado nacional de la región salitrera y una política rentista³⁷, para dejarla en mano del capital extranjero que, además, estaba coludido en un sindicato o *trust* empresarial, a través de las combinaciones salitreras. Sin embargo, no se puede eludir que fue un espacio urbanizado y moderno, en comparación con el resto de Chile y las regiones aledañas de los países vecinos³⁸.

Los poetas coinciden con la mirada fatalista de los historiadores señalados. Definieron al desierto salitrero como expresión de violencia, la describen como *Pampa hoyada o esclava* Alejandro Escobar y Carvallo, *Pampa volcada* Mario Bahamonde, *Tierra triste* Francisco Pezoa, *Pampa trágica* Víctor Domingo Silva, *Pampa desnuda* Óscar Bermúdez, etc. Un poeta, que tiene una visión crítica y dura del salitre, escribió: “La vida del pampino fue de mediodía y sangre. Principio en la equis trémula del cateo, persiguiendo el “reventón”, el “manto” o la “costra”; para la magnitud de sus faenas, peleadas -instante a instante- con el azar, no recurrió a más apoyos que a los de su alma”³⁹. Se trata del poeta antofagastino Andrés Sabella. Fue de su pluma que nació *Norte Grande* (1934), el libro que sintetiza al desierto de Atacama como “pampa” y su habitante “pampino” en un territorio unificador que es la piedra angular de nuestra identidad.

Es innegable la importancia que, tanto chilenos como otros grupos, tuvieron durante el siglo diecinueve en el proceso de ocupar y laborar el desierto. Fue necesario, además, el surgimiento de otro fenómeno para que ese habitar permitiese la formación de una sociedad con un ethos sociocultural moderno: el ordenamiento territorial.

Cuando los cantones con sus oficinas salitreras, campamentos, pueblos, estaciones ferroviarias, puertos de embarque, estaban en plena actividad y la industria aumentaba su escala de producción, en ese momento, el desierto que provocó una idea terrorífica en la mentalidad del hombre que lo habitaba, se esfumó; para dar paso a una visión bucólica de la pampa, que es la que aún atesoran los pampinos y pampinas, sea donde se encuentren en estos días.

³⁵ Valdés, Eduardo. *Los que van a morir te saludan*. Ediciones Documentas, Nuestra América Ediciones y América Latina Libros, Santiago, 1988. Artaza et. al. *A noventa años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique*. LOM, DIBAM, Santiago, 1998.

³⁶ Bahamonde, Mario. *Pampinos y Salitreros*. Editorial Nacional Quimantú, Santiago, 1973.

³⁷ Castro, Luis. “Actividad minera, actores locales y planteamientos de desarrollo regional (Tarapacá 1880-1930). *Revista de Estudios Atacameños* N° 22, 2002, 77-89.

³⁸ González Miranda, Sergio (comp.) *La Sociedad del salitre. Protagonistas, migraciones, cultura urbana y espacios públicos*. RIL Editores, Santiago, 325-366, 2013.

³⁹ Sabella, Andrés. *Semblanza del Norte Chileno*. Editorial Universitaria, Santiago, 1986, p. 41.

IV. La primera administración chilena del territorio.

Antes de la guerra del Pacífico, el territorio que comprende el actual Norte Grande de Chile tuvo una administración política a cargo de funcionarios públicos de las repúblicas de Perú, para los casos de Arica y Tarapacá, y de Bolivia, en Antofagasta. También hubo importantes autoridades provenientes de la sociedad, especialmente en los Municipios. En Antofagasta, la presencia chilena en la municipalidad de ese puerto fue muy notoria.

Por razones de espacio, no podemos analizar la administración política de estas provincias antes de la guerra del Pacífico y tampoco abordar todo el periodo hasta la actualidad. Solamente haremos una mención a la primera década de la administración posterior a la guerra del Pacífico, debido a la importancia geopolítica de ese periodo y porque en ese tiempo se puso la estaca a partir de la cual se definió el Norte Grande de Chile.

El ordenamiento territorial de las provincias de Arica, Tarapacá y Antofagasta bajo la administración chilena tuvo objetivos diferentes en cada una de ellas y, por lo mismo, la acción del estado-nacional enfrentó el desafío de instalar funcionarios públicos con las competencias necesarias para enfrentar esos objetivos.

Antofagasta, con una población mayoritariamente chilena, no representaba un desafío complejo respecto de su administración política. La designación de Nicanor Zenteno, cónsul general de Chile precisamente en Antofagasta fue la persona apropiada porque conocía el lugar. Óscar Bermúdez nos entrega la siguiente distribución de la población de Antofagasta por nacionalidades: chilenos 6.554, bolivianos 1.226, argentinos 226, peruanos 121, ingleses 104, otras nacionalidades 276.⁴⁰

En 1884 Bolivia y Chile celebraron un Pacto de Tregua que permitió el desenvolvimiento normal de la sociedad antofagastina, además el gobierno de Domingo Santa María promovió una “política boliviana” para acercar a ambas naciones.⁴¹

Lo anterior, se complementa con lo estudiado por el historiador antofagastino José Antonio González, quien confirma que la presencia boliviana siempre fue exigua, pero “el largo periodo de postguerra hasta el tratado de 1904 posibilitó un acercamiento de los intereses comerciales de ambas naciones, simbolizado en la Compañía Huanchaca de Bolivia, que conjugó en la década de 1880 el monopolio del agua para la ciudad y a la vez el nexo entre las minas de plata de Pulacayo cercana a Potosí en Bolivia y el complejo metalúrgico de Huanchaca, en el sector meridional de Antofagasta, que funcionó entre 1890-1902 y en la unión del ferrocarril desde Antofagasta hasta Oruro, en 1892

⁴⁰ Bermúdez, Óscar *Orígenes históricos de Antofagasta*. Edición de la Ilustre Municipalidad de Antofagasta, 1966.

⁴¹ Concha, José Miguel *La política boliviana. Iniciativas del ejecutivo chileno para una alianza estratégica con Bolivia (1879-1899)*. BE Brickle ediciones, Santiago, 2007.

(Ahumada, 1985; Blakemore, 1996: 58)⁴². Más allá de lo simbólico, Antofagasta ha estado al margen de los litigios entre Bolivia y Chile por el tema marítimo que, desde La Paz, comenzó a reivindicarse a partir de 1919 con su demanda ante la Liga de las Naciones, la que se ha enfocado principalmente en Arica⁴³.

Muy diferente fue el caso de Tarapacá que tenía en 1879 una importancia estratégica fundamental, porque allí se encontraba la principal industria del salitre y, además, la población peruana era mayoritaria (con excepción del puerto de Iquique, donde la población chilena era la más numerosa). Por lo anterior, el estado nacional nombró en el cargo de Jefe Político de Tarapacá a algunos de los mejores funcionarios públicos de la época, comenzando por el almirante Patricio Lynch.

Antes de celebrado el Tratado de Paz y Amistad entre Perú y Chile de octubre de 1883, conocido como “de Ancón”, las primeras autoridades de la provincia eran “Jefes Políticos”, posteriormente se denominaron Intendentes, como en el resto del país. El primer Intendente de Tarapacá fue el historiador Gonzalo Bulnes.

Los Jefes Políticos de Tarapacá fueron los siguientes:

Jefes Políticos Titulares:

Patricio Lynch (23/11/1879)

Antonio Alfonso (24/8/1880)

Rafael Muñoz (27/6/1881)

José N. Hurtado (28/10/1881)

Fancisco Valdés Vergara (16/6/1882)

Jefes Políticos Interinos y Suplentes:

Manuel Soffia (3 a 15 marzo 1880)

Aurelio Lastarria (2 febrero a 11 abril 1881)

David Mac Iver (2 a 8 noviembre 1881)

Francisco J. Fierro (24 a 28 febrero 1882, y 27 febrero a 4 marzo 1883)

Rafael Sotomayor (2 abril a 16 julio 1882)

Hermógenes Pérez de Arce (1 a 22 agosto 1883)

⁴² González Pizarro, José Antonio; Lufin Varas, Marcelo; Galeno Ibaceta, Claudio “La presencia boliviana en el desierto de atacama después de la postguerra de 1879. Patronos de migración e inserción en la sociedad de Antofagasta”. *Diálogo Andino, Revista de Historia, Geografía y Cultura Andina*, N° 48, 2015, 109-126, p. 111.

⁴³ González, Sergio y Ovando, Cristián “Las conferencias de Washington y la preposición Kellogg: el papel de Estados Unidos frente a la “tercería” boliviana como herramienta de política exterior”. *Historia* 396 N° 1 2009, 165-188.

La siguiente cita del cronista Javier Ovalle es muy expresiva respecto de esos primeros Jefe Políticos de Tarapacá, que nos permite hacernos una idea de la percepción que la sociedad tarapaqueña tuvo de ellos, a saber:

El señor Lynch que en el gobierno de la provincia reveló cualidades de un estadista de primera magnitud, desempeñó su cargo desde el 23 de noviembre de 1879, día siguiente de la rendición de la plaza, hasta 1880, sucediéndolo el señor José A. Alfonso (...)

El señor Alfonso gobernó hasta 1881, sucediéndole el señor Rafael Muñoz, á éste don José N. Hurtado, quien fue reemplazado el 16 de Junio de 1882 por el distinguido político, historiador y hacendista Sr. don Francisco Valdés Vergara.

El señor Valdés autor -entre muchos trabajos- de una Historia de Chile, ex-propietario de "El Heraldo" de Valparaíso, ex-superintendente de Aduanas y ex-ministro de Estado, fue reemplazado el 26 de febrero de 1884 por don Gonzalo Búlnes, á quien se le reconoció en el carácter de primer intendente, cesando desde entonces los jefes políticos.

El señor Búlnes, heredero de un nombre que legitima brillantemente nuestras glorias militares, conocido literato y autor de una obra sobre la guerra de la Confederación Perú-Boliviana, fue querido en esta capital.

Al señor Búlnes sucedió el coronel de ejército don Exequiel Fuentes, bastante reputado por sus servicios á la patria y á la causa del ex-presidente señor Balmaceda en 1891.

El señor Fuentes dejó la intendencia a don Anfión Muñoz, miembro caracterizado del partido radical, ex-diputado y ex-ministro de Estado, bajo cuya administración se fundó el 8 de abril de 1886 el Liceo de Niños de Iquique.

El señor Muñoz se alejó de tan delicado cargo el 18 de setiembre de 1887, sucediéndole don Ramón Yávar, cuyo nombre recuerdan siempre con orgullo los habitantes de Tarapacá, por los importantes servicios que prestó á la localidad (...).

En febrero de 1890, el señor Yávar fue reemplazado por el respetable caballero señor don Guillermo Blest Gana, que con su inteligencia supo honrar dignamente la diplomacia, la política y las letras chilenas (...)

El señor Blest, que falleció hace apenas dos años, fue reemplazado en la intendencia de Tarapacá el 22 de octubre de 1890, por el señor don Manuel Salinas, bajo cuyo período ocurrió la revolución de 1891.⁴⁴

Con Manuel Salinas González se marcó un punto de inflexión con relación a las autoridades de Tarapacá, pues fue destituido de su cargo de intendente en 1891, en plena guerra civil. Salinas fue fiscal de salitreras y guaneras de Tarapacá, función que lo transformaba en un especialista en la industria estratégica del país y principal motivo de la guerra civil. Los problemas derivados de la guerra del Pacífico habían quedado muy

⁴⁴ Ovalle, Francisco Javier

La ciudad de Iquique. Imprenta Mercantil, Iquique, 1908, p. 154 y siguientes.

atrás, en 1891 eran otros los intereses en pugna, donde la presencia extranjera, especialmente inglesa fue muy relevante. El partido Liberal Democrático o Balmacedista, sería un opositor declarado de la ingerencia extranjera en el salitre y en la política chilena Partido del que Salinas fue militante, siendo elegido diputado por Tarapacá desde 1894 hasta 1903. Periodo en que comenzarían a levantar la voz de protesta también otros partidos obreros, como el Demócrata, y movimientos sociales, como las mancomunales, con otros líderes: Osvaldo López Mellfe, Abdón Díaz, Luis Emilio Recabarren, entre otros.

Arica (como Tacna) tuvo un estatus diferente al de Antofagasta y Tarapacá entre 1880 y 1929, porque si bien estaba bajo la administración chilena su soberanía plena estaba aún pendiente. El Tratado de Ancón establecía que un plebiscito resolvería esta situación a partir de 1894. Sin embargo, nunca se ejecutó, resolviéndose por acuerdo directo en 1929 a través del Tratado de Lima.

Durante esos años -que barcaron casi medio siglo- la administración chilena de las provincias de Tacna y Arica tuvo momentos de armonía y otros de conflicto. En este periodo se desarrolló un proceso de asimilación cultural de los habitantes al carácter e identidad chilenos, que se conocería como “chilenización”. Según el historiador peruano Raúl Palacios Rodríguez: “La historia de la chilenización prácticamente empieza con la firma misma del tratado de Ancón. A partir de ese instante puede decirse que Chile intentará, por todos los medios posibles, ganarse la adhesión y simpatía de los habitantes de esa zona -para llegado el momento del plebiscito- tenerlos a su favor”⁴⁵. Efectivamente, la política nacional en todos los territorios involucrados en la guerra del Pacífico fue de hegemonía: de integración social, cultural y política. Ese fue el papel que tuvieron los gobernadores, jefes políticos e intendentes en Arica-Tacna, Tarapacá y Antofagasta. Fue un proceso de chilenización por convencimiento y atracción. Lamentablemente las diferencias a escala de los estados centrales y sus respectivas diplomacias tuvieron en algunos años repercusiones que trajeron tensión y violencia política en estas provincias que, sin embargo, no impidieron que se armonizara la convivencia bajo una misma identidad: el ser pampino o el ser nortino, sin importar el origen nacional de sus habitantes.

V. El origen del Norte Grande de Chile.

Posiblemente, hoy no podríamos imaginar el territorio comprendido entre los puertos de Arica y Taltal, sin pensar el concepto de Norte Grande. Y menos que éste surgiera de modo espontáneo a partir de ese proceso de ocupación/construcción cultural del desierto de Atacama, durante el siglo diecinueve.

⁴⁵ Palacios, Raúl
p.16.

La chilenización de Tacna y Arica 1883-1929. Editorial Arica, Lima,1974,

Norte Grande, dos palabras que fueron producto de la vida cotidiana en ese territorio cuando se desplegaron asentamientos humanos modernos. También fue la forma de nombrar ese gran territorio por parte de quienes provenían de otro menos expansivo, que sería conocido como “Norte Chico”. En definitiva, este concepto fue una expresión de la vida en el desierto de Atacama, como lo entendería Wilhelm Dilthey, quien “distingue las manifestaciones de vida como lenguaje, las manifestaciones de vida como acción y, por otro, las manifestaciones de vida como expresión de una vivencia. Los “conceptos, juicios, conformaciones mayores del pensamiento forman las manifestaciones de la vida como lenguaje”⁴⁶ y ese lenguaje para este autor es el ordinario, el que se utiliza diaria y cotidianamente, como el habla de los pampinos⁴⁷. Las manifestaciones vitales, aunque no todas, pasan por el lenguaje ordinario⁴⁸, entre ellas está el habitar, más aún si se trata de un desierto. El habitar el desierto fue un desafío de construir⁴⁹, tanto en el sentido de asentamientos humanos como el de crear un habla propia de ese territorio y del proceso histórico de habitarlo.

No tenemos antecedentes de utilización del nombre Norte Grande en periodos más tempranos, por ejemplo, durante la Colonia. Por lo tanto, sostenemos que estuvo asociado también a la presencia de la Revolución Industrial y la modernidad. Fue una denominación relacionada con un ordenamiento territorial endógeno.

La escala de la producción de la minería, a partir de mediados del siglo diecinueve, así como el tamaño de los puertos (Pisagua, Iquique, Antofagasta, Taltal), la construcción de líneas y estaciones ferroviarias, no tenía comparación con los procesos generados por la minería colonial en el desierto de Atacama. La imagen de un “descampado” (que en rigor nunca existió en la realidad) comenzó a desaparecer cuando se consolidó la industria del salitre que, sin dudas, fue clave en ese proceso de habitar el desierto y, a partir de él, estructurar una identidad cultural. Así surgiría el nortino y el pampino.

Debido a la importancia de la industria del salitre, regiones que por razones geográficas debieron formar parte del “Norte Grande” quedaron excluidas de este concepto, debido a que no participaron directamente de este ciclo económico, como fueron las provincias de Tacna y Arica, por el norte, y la de Chañaral, por el sur. Desde esa perspectiva, este concepto es esencialmente histórico-sociológico y, por lo mismo, no necesariamente debe coincidir con criterios geográficos o político-administrativos.

Especialistas, desde la geografía, definen el territorio del Norte Grande de Chile, como aquel comprendido en las regiones de Tarapacá, Antofagasta y Atacama, pues así lo confirman sus indicadores relacionados “con las condiciones climáticas de

⁴⁶ Cortés, Francisco Javier. “Ensayo sobre la idea de vida en Dilthey”. *Scientia Helmantica*, Revista Internacional de Filosofía, N° 1, marzo de 2013, p. 29.

⁴⁷ Ver diccionarios o glosarios de voces de la pampa (Echeverría y Reyes, Mario Bahamonde, Alejandro Bertrand, etc.)

⁴⁸ Revilla, Carmen. “Del historicismo a la hermenéutica: la recepción de Dilthey”. *Convivium* N° 17, 2004, p. 95.

⁴⁹ Heidegger, Martin. “Construir, habitar, pensar”. En: Heidegger, M. *Conferencias y artículos*. Odós, Barcelona, 1994.

temperaturas y aridez extremas, y a la larga data de ocupación humana (más de 10.000 años). Los ecosistemas del Norte Grande corresponden en esencia a ecosistemas desérticos...”⁵⁰ Resulta evidente que tienen la razón científica de su parte, pero la provincia de Atacama quedó excluida del Norte Grande al considerarse a Copiapó como el *pivot* del Norte Chico.

El investigador Gonzalo Ampuero Brito, al referirse a las culturas prehispánicas del Norte Chico, nos dice que: “Las descripciones de Gerónimo de Bibar, el Cronista de la Conquista, nos prueban que el Norte Chico, desde los inicios de nuestra historia escrita, presentaba un ambiente de aridez, contrapesado por escasas precipitaciones y por los cursos fluviales producto de la nieve acumulada en la alta cordillera, que bajan entrecruzándose en valles y quebradas hasta llegar al mar. Los ejes fluviales de los ríos Copiapó, Huasco, Elqui, Limarí y Choapa, alimentados por numerosos afluentes que nacen de la vertiente de los Andes y del complicado relieve que se desgrana hacia la costa, reciben en los períodos invernales un menguado aporte de las lluvias estacionales. el cual aumenta paulatinamente hacia el sur. La vegetación es escasa, en un frágil equilibrio con la naturaleza, encontrándose concentrada en los valles y desparramada en miles de quebradas interiores, rincones atractivos para la fauna y para el hombre, que ingresa por primera vez a nuestro territorio hace más de 12.000 años...”⁵¹

Humberto Fuenzalida, en la *Geografía Económica de Chile*, publicada por Corfo, divide a Chile en “las siguientes regiones naturales: 1. Norte Grande: desde el límite con el Perú hasta el río Copiapó. 2. Norte Chico: desde el río Copiapó hasta el río Aconcagua...”⁵² Es evidente que el río Copiapó es un referente natural o geosímbolo del Norte Chico; sin embargo, establecerlo como frontera con el Norte Grande no responde al imaginario poblacional tanto en una como en otra región, puesto que ese límite estaría al sur de la quebrada de Cachina, en la zona de Taltal, y al norte de Chañaral, o, en otros términos: el paralelo 26° latitud sur. Lo que coincide con la existencia de mantos de caliche industrializables. Josef Schmithuesen afirma que los “los yacimientos de salitre, horizontes de terreno endurecido de nitratos y otras sales se hallan esparcidos en grandes superficies, especialmente a lo largo del borde oriental de la cordillera de la costa, en las regiones desiertas de las pampas situadas a una altura sobre el nivel del mar que varía entre 1.000 y 2.000 metros y entre los 19° y los 26° de latitud sur”⁵³.

Fue, precisamente, la explotación de salitre la que, en nuestra opinión, generó la cerrazón del Norte Grande respecto del resto de Chile. Compartimos la opinión de O’Higgins Guzmán respecto que: “la existencia de nitrato en Aguas Blancas y Taltal

⁵⁰ Jaksic, Fabián; Pablo Marquet, Pablo y González, Héctor “Una perspectiva ecológica sobre el uso del agua en el Norte Grande: la región de Tarapacá como estudio de caso”. *Estudios Públicos* N° 68, 1997, p. 172.

⁵¹ Ampuero Brito, Gonzalo. *Antiguas culturas del Norte Chico*. Ediciones del Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago, 1978, p. 16.

⁵² González Salinas, Edmundo. “La enseñanza de la geografía de Chile”. *Revista Geográfica de Chile Terra Australis*, N° 15 y 16, 1958, p. 64.

⁵³ Schmithuesen, Josef “El norte de Chile: explotación minera e industrial en el desierto de Chile septentrional”. *Revista Geografía de Chile* N° 12, 49-60, Santiago, 1954, p. 50.

se hizo realidad evidente a mediados de 1879 y cuando, casi simultáneamente, su inexistencia se comprobó en la región de Chañaral, esta dejó de interesar hasta sus propios hijos”⁵⁴.

Los flujos de trabajadores y empresarios del Norte Chico que circulaban hacia el norte habían partido décadas antes, no en búsqueda de salitre, sino de plata y guano. Como bien indica John Mayo, “mientras el desierto de Atacama, por el cual pasaba el límite, era considerado sin valor, no había problemas, pero una vez que se hizo evidente que el territorio contenía depósitos de guano, la situación cambió. En 1842, el presidente de Chile, Manuel Bulnes, envió una expedición a explorar el área entre Coquimbo y Mejillones...”⁵⁵ Debemos considerar que, precisamente por el desinterés sobre el “descampado” de Atacama, el Estado-nación chileno vino detrás de los privados que se movilizaron primero hacia el norte.

¿Cómo podríamos explicar que, para el censo peruano de 1876, en el puerto de Iquique, la población chilena ascendía al 52,41% del total, si no es por un flujo migratorio de décadas y persistente? Recordemos que la explotación de nitrato de soda en Tarapacá ya se había iniciado exitosamente en la década de 1830. Esa población chilena, además, debió transitar previamente por Taltal y Antofagasta. Cruzar el Paposo y el Loa. Posteriormente, hacia 1860 el salitre ya iniciaba su primer impulso en Antofagasta de manos de exploradores como José Santos Ossa, los hermanos Latrille⁵⁶, entre otros. Como bien dicen Juan Panadés y José Antonio González, la Sociedad Exploradora del Desierto era el “motor que anima la vida de Antofagasta”⁵⁷, al que se sumaría en 1870 el mineral de Caracoles, que alcanzaría ese año los 20.000 habitantes⁵⁸, la gran mayoría chilenos.

Una vez consolidada la ocupación y soberanía chilena en Antofagasta, será el salitre el principal motor de esa región, con los cantones Toco y su puerto Tocopilla, Aguas Blancas con el puerto de Coloso, Taltal con su puerto homónimo, y Antofagasta con el cantón Bolivia o Central, que se proyectaba hacia el interior, permitiendo que el ferrocarril salitrero deviniera en un tren internacional con destino a Bolivia.

La construcción de un ferrocarril entre el puerto de Antofagasta y desde el Salar del Carmen hasta Las Salinas estructuró una zona de explotación salitrera, donde la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, tendría un papel muy significativo en el desarrollo de este distrito. Cabe señalar que un ramal también se internó en el

⁵⁴ Godoy, Milton y González, Sergio. “Norte Chico y Norte Grande: construcción social de un imaginario compartido, 1860-1930”. En: González, Sergio (comp.) *La Sociedad del salitre. Protagonistas, migraciones, cultura urbana y espacios públicos*. RIL Editores, Santiago, 2013, p. 198.

⁵⁵ Mayo, John. “La Compañía de Salitres de Antofagasta y la Guerra del Pacífico”. *Revista Historia* N° 14, 1979, p. 72.

⁵⁶ Galaz-Mandakovic, D. y Owen, E. *Hermanos Latrille: impronta en el desierto*. Retruécanos Ediciones., Tocopilla, 2015.

⁵⁷ Panadés Vargas, Juan Luis y González Pizarro, José Antonio. *Antofagasta, historia de mi ciudad*. Corporación Pro-Antofagasta, Antofagasta, 1998, p. 212.

⁵⁸ Arce, Isaac. *Narraciones Históricas de Antofagasta*. (1930). Segunda edición por la Corporación Pro Antofagasta, Antofagasta, 2004, p. 343.

cantón Aguas Blancas, hasta Augusta Victoria (que proyectaría el ferrocarril de las nubes hacia Salta).

El largo tramo que recorría ese ferrocarril, entre el salar del Carmen y Sierra Gorda, pudo definir más de un cantón salitrero, si consideramos que ese tramo no fue el único en este distrito, pues hubo otro que comenzaba en la estación Baquedano y se internaba hacia el oriente hasta Los Dones, pasando por las estaciones Rioja y Deseada; aunque fueron escasas las salitreras que se ubicaron en su vera, como Ercilla y Alcorta o Astoreca. No es extraño que el término “Antofagasta” (la única referencia a este nombre era una hacienda de propiedad del presidente boliviano Melgarejo conocida como “Antofagasta de la Sierra”), terminara dominando respecto de otros como Toco, Aguas Blancas o Taltal. Solo una denominación surgida desde la sociedad tendrá más fuerza: Norte Grande.

Resulta obvia la estrecha relación entre el Norte Grande y el Norte Chico en el imaginario de la sociedad chilena, pero sobre todo para los habitantes de las regiones comprendidas entre Tarapacá y Coquimbo, porque los procesos migratorios provenientes del “norte chico” generados por la minería (y la extracción de guano) de Antofagasta y Tarapacá, “el norte grande”, quedaron en la memoria en ambos “nortes” de Chile. También quedó en la memoria de quienes participaron de ese proceso de habitar el desierto procedente del Noroeste argentino, occidente de Bolivia y sur del Perú (incluyendo a los tarapaqueños de origen peruano).

En la actualidad el territorio que abarca el Norte Grande de Chile comprende, por el norte, la frontera con la república del Perú, por el este la frontera con la república de Bolivia, por el oeste el océano Pacífico, y por el sur la frontera interior que separa la actual región de Antofagasta de la región de Atacama, que aproximadamente las separa la quebrada del Carrizo. En el imaginario de los habitantes esos límites no fueron tan precisos, pero lo suficiente para dejar “afuera” del Norte Grande a Chañaral y “adentro” a Taltal, cuando entre uno y otro la diferencia es mínima, excepto que el este último tenía grandes depósitos de caliche y el primero no.

VI. Las columnas vertebrales del Norte Grande de Chile: los ferrocarriles.

El ferrocarril fue la mayor expresión de modernidad durante el siglo diecinueve y su presencia en el desierto de Atacama, sin duda, fue una demostración que el concepto “desierto”, fuera de su acepción geográfica que seguiría y sigue siendo correcta, comenzaba a retroceder en la medida que surgían estaciones ferroviarias y, con ellas, pueblos. Además, a partir de esas estaciones y pueblos, se estructuraban distritos, subdelegaciones o cantones.

Hubo tres ferrocarriles que fueron las columnas vertebrales del Norte Grande de Chile, el principal aquel conocido como “el longitudinal” o “longino”, que unía el puerto de Iquique con La Calera y, desde allí, Santiago y toda la red ferroviaria hacia el sur del país. El proyecto de este ferrocarril se inicia en el gobierno del presidente Domingo Santa María (1881-1886), continuó su impulso bajo el mandato del

presidente Balmaceda (1887-1891) y recién vino a concluir en el gobierno del presidente Pedro Montt (1906-1910). Este último presidente, desde su cargo de ministro de estado, en agosto de 1887, pronunció un discurso muy sombrío sobre la inversión del Estado en ferrocarriles hasta esta fecha y la necesidad de aumentar las líneas férreas.

Daniel Martner, destacado ingeniero chileno, clarifica muy bien el panorama de los ferrocarriles salitreros, a saber:

1. Grupo Tarapacá. Con una línea matriz de 219 km desde Pisagua hasta Lagunas y por cuatro ramales a Junín, Caleta Buena, Iquique y patillos que eran los puertos de exportación en ese entonces. La línea principal era la de Iquique de *Nitrate railways Company Ltd.* La primera línea de este grupo –y de la zona salitrera– fue la de Iquique a La noria construida entre 1868 y 1875 bajo el dominio peruano, que después de la Guerra del Pacífico pasó a propiedad de *Nitrate railways C^o Ltd.*

2. Grupo Antofagasta. En esta zona, la línea se inició en 1873 por la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta en dirección a pampa Alta. Más tarde se asoció a la Compañía Minera de Huanchaca para prolongar la línea hasta la mina de Pulacayo –de plata– en Bolivia, llegando en 1890 a la mina. Esta línea, bajo propiedad de *The Antofagasta and Bolivia railway Co. Ltd.*, se desprendió de la Compañía de Salitres.

3. Grupo Taltal. Los yacimientos salitreros en esta zona empezaron a explotarse en 1876 y la construcción del ferrocarril se hizo de 1880 a 1889, sumando 298 km.

4. Grupo Toco. Este grupo se encuentra entre el grupo de Antofagasta y Tarapacá, cuya línea salía de Tocopilla hacia el interior y fue construido entre 1890 y 1895⁵⁹.

Según Guillermo Guajardo, “lo anterior hizo que el espacio salitrero fuera gran receptor de inversión privada en ferrocarriles. Para 1915, Tarapacá y Antofagasta contaban con cerca de 3.200 km, equivalentes al 38% de las vías férreas del país...”⁶⁰

Los ferrocarriles construidos por privados, en particular los salitreros, ya tenían un avance muy relevante previo a la existencia del “longitudinal”, varios de ellos construidos con anterioridad a la Guerra del Pacífico. Estos ferrocarriles del Norte Grande fueron los de: Arica a Tacna; Pisagua a Negreiros; Iquique a Pozo Almonte; Iquique a Lagunas; Huara a Junín; Agua Santa a Caleta Buena; Tocopilla al Toco; Antofagasta a Las Salinas; Aguas Blancas a Coloso; Aguas Blancas a Augusta Victoria; Taltal a Cachinal de la Sierra; Taltal a las salitreras alemanas. De estas líneas férreas salitreras, una tuvo un papel estructurador, que ya hemos señalado en páginas anteriores: el Ferrocarril de Antofagasta a las Salinas, que después de proyectaría a Sierra Gorda, posteriormente a Ollagüe y, finalmente, a Oruro, cuando se transformó en un ferrocarril internacional.

La Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta a Oruro, con su ferrocarril, fue una columna vertebral transversal desde que construyó para servir a las oficinas salitreras del cantón central o Bolivia. Las empresas salitreras que construyeron las

⁵⁹ Guajardo, Guillermo. *Tecnología, Estado y Ferrocarriles en Chile 1850-1950*. Fundación de los Ferrocarriles de España, México, 2007, p. 164.

⁶⁰ Idem, p. 154.

principales oficinas “adyacentes a la línea del ferrocarril de Antofagasta a Bolivia”, como las definió Óscar Bermúdez⁶¹, fueron C^a de Salitres de Antofagasta, The Florencia Nitrate C^o Ltd., The Pacific Nitrate C^o Ltd., C^a Salitrera Lastenia, The Fortuna Nitrate C^o Ltd., Leonor Nitrate C^o Ltd., C^a Salitrera Pampa Alta, C^a Salitrera Candelaria, C^a Salitrera Esmeralda, Astoreca y C^a., The Amelia Nitrate C^o Ltd., Carrasco, Zanelli, Baburizza, Bruna y C^o, C^a Salitrera Cerrillos, Baburizza, Lukinovic y C^o, Jorge Sabioncello Ch., C^a Salitrera Perseverancia, Compañía Salitrera El Loa, Compañía Progreso de Antofagasta. Ellas le dieron el impulso inicial al primer ferrocarril internacional del Norte Grande de Chile.

Llama la atención que ese gran cantón salitrero de Antofagasta se denominara central (nombre que tiene sentido precisamente por su carácter transversal) o Bolivia. Este nombre no se debió a una presencia masiva de población de esa nacionalidad, sino a su relación con el ferrocarril que iba en dirección a Oruro y La Paz.

Este ferrocarril de la CSFAB, en su carácter internacional, llegaba primero a Ollagüe (y Ujina), en el territorio chileno, luego se dirigía hacia Uyuni. Desde Uyuni el ferrocarril continuaba a Río Mulato, donde había un desvío hacia Potosí, mientras el troncal principal seguía con destino a Oruro. Desde Oruro era posible continuar hacia Cochabamba y La Paz. Según Blakemore, son 2.800 kilómetros la distancia que recorría este ferrocarril entre Antofagasta y La Paz⁶².

Desde Antofagasta hubo otro ferrocarril que tuvo el mismo origen salitrero que el anterior, y que servía al cantón Aguas Blancas, siendo su última estación Augusta Victoria. Desde allí se prolongó la línea hacia Socompa, en la frontera con Argentina. Continuaba hacia Salta, pasando antes por San Antonio de los Cobres. Este ferrocarril es conocido como el “tren a las nubes”, pero también como el ferrocarril Huaytiquina o ferrocarril Antofagasta-Salta. Este ferrocarril, a comienzos del siglo veinte, levantó grandes expectativas en el noroeste argentino respecto del posible comercio con el litoral del Pacífico⁶³.

El tercer ferrocarril que constituye también una columna vertebral para el Norte Grande de Chile fue aquel que el Tratado de Paz y Amistad de 1904, entre Bolivia y Chile, considera parte del acuerdo. Precisamente, el artículo tercero establece que: “Con el fin de estrechar las relaciones políticas y comerciales de ambas Repúblicas, las Altas Partes Contratantes convienen en unir el puerto de Arica con el Alto de La Paz por un ferrocarril cuya construcción contratará a su costa el Gobierno de Chile, dentro del plazo de un año, contado desde la ratificación del presente Tratado...” Este ferrocarril no estuvo ajeno a la división de las provincias de Tacna y Arica, que fue establecida en el Tratado de Lima de 1929, puesto que la línea de la Concordia siguió en gran parte de su extensión el trazado ferroviario, el que por razones diplomáticas

⁶¹ Oscar Bermúdez, Óscar. *Historia del salitre, desde sus orígenes hasta la Guerra del Pacífico*. Universidad de Chile, Santiago, 1963, p. 5.

⁶² Blakemore, Harold. *Historia del Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia 1888-1988*. Impresos Universitaria, Santiago, 1990, p. 3.

⁶³ Benedetti, Alejandro. “El ferrocarril Huaytiquina, entre el progreso y el fracaso: Aproximaciones desde la geografía histórica del territorio de los Andes”. *Revista Escuela de Historia*, ene./dic., vol.1, N° 4, 2005, 123-165.

debía quedar en territorio chileno. Por esa razón, consideramos que fue estructurador del límite norte de Chile.

La constatación de la construcción de un ferrocarril como parte integrante de un Tratado de Paz y Amistad entre dos estados nacionales vecinos, demuestra que, hacia 1904, todavía este medio de transporte estaba en la mentalidad de las autoridades latinoamericanas como una herramienta de progreso.

Este ferrocarril fue entregado para su uso en 1913, pasando por los pueblos de Visviri (Chile) y de Charaña (Bolivia), muy próximo este último al Tripartito Andino, el vértice de la triple-frontera, a la que nos referiremos en la siguiente sección. Actualmente se encuentra en una nueva fase de reparaciones para volver a cumplir su función articuladora entre La Paz y Arica. Vino a decaer solamente con la habilitación y pavimentación en el año 1997 de la ruta internacional Arica-Tacamaya-La Paz, y la competencia para Arica del puerto peruano Matarani por las exportaciones de trigo boliviano⁶⁴.

Debió haber existido una cuarta columna vertebral ferroviaria en el Norte Grande de Chile, que uniera Tarapacá con Bolivia (Oruro), incluso debió ser anterior al de Antofagasta, pero, a pesar de los esfuerzos y demandas de los habitantes de Tarapacá y Oruro, fue un proyecto frustrado. En realidad, fueron diversos proyectos frustrados⁶⁵. El primero de esos proyectos ferroviarios fue el propuesto por el minero boliviano José Avelino Aramayo junto al ingeniero alemán Hugo Reck en 1864, que uniría Iquique y Oruro. A partir de entonces, en Tarapacá nunca dejaron de proponerse al Estado peruano, primero, y chileno, después, sin suerte, este tipo de proyectos a través de diversas rutas, hasta 1928. A partir de ese año, la sociedad tarapaqueña desistió del proyecto de un ferrocarril transandino para levantar un proyecto carretero que permitiera el traslado de camiones con carga pesada entre Iquique y Oruro. Dicho proyecto solo alcanzará su realización, llegando hasta la frontera con Bolivia (Colchane-Isluga) recién a fines del siglo veinte, mientras el camino desde Oruro a Pisiga todavía no se concluye. Cabe indicar que en el año 1958 y siguientes, orureños e iquiqueños organizaron las “caravanas de la amistad”, que fueron delegaciones de autoridades locales y de organizaciones de la sociedad civil de ambas ciudades que, desafiando la carencia de rutas, el clima extremo y la geografía (altiplano, cordillera y desierto), se visitaron mutuamente, como una forma de presionar, otra vez sin suerte, a las altas autoridades de La Paz y Santiago, para que concluyeran un camino internacional.

VII. La mirada desde la línea de la Concordia.

⁶⁴ Pozo, José Miguel. “La historia del ferrocarril de Arica a La Paz”. Revista *Mapocho* N° 62, 2007, p. 234.

⁶⁵ Castro, Luis. “Espejismo en el desierto: proyectos ferroviarios e integración subregional (Tarapacá 1964-1937)”. Revista *Si Somos Americanos*, Instituto de Estudios Internacionales, universidad Arturo Prat, volumen V, año 4, 2003, 21-48.

En un lugar por sobre los cuatro mil metros de altura en pleno altiplano, está el punto preciso donde coinciden los hitos 80 y 5 que separan a Chile con Perú y Bolivia respectivamente, se trata de un tripartito o trifinio. Es la meseta de Ancomarca, donde también coinciden las comunidades indígenas aymara de Ancomarca, Charaña y Visviri, la primera peruana, la segunda boliviana y la tercera chilena, cuyas raíces se remontan a la cultura y estado Tiawanaku (500-1100 DC), que tuvo “un lugar importante en la historia cultural de los Andes Centro-Sur como constituyente del Horizonte Medio, período durante el cual un estilo artístico e ideología caracterizaron a gran parte de la región”⁶⁶. A pesar de la brevedad del tiempo transcurrido por las repúblicas -en comparación con la temporalidad andina- dichas comunidades tienen muy asimiladas sus identidades nacionales, sin perder las propias, como se demuestra en las ferias quincenales organizadas por ellas muy próximas al tripartito, donde se puede comprar todo tipo de mercancías tradicionales y también modernas procedentes de las zonas francas de Tacna e Iquique. Las aduanas no ponen restricción alguna a esta feria, reconociendo su preeminencia.

La mirada desde Chile de ese tripartito nos dice que se trata del punto más septentrional del territorio nacional, y es sinónimo de la palabra Visviri y ésta, a su vez, de la última estación del ferrocarril que desde 1913 va en dirección de la capital de Bolivia: La Paz. Ferrocarril que recuerda al Tratado de Paz y Amistad firmado en 1904. Sin embargo, la comunidad de Visviri expresa algo más profundo: la construcción de la línea de la Concordia o, en otras palabras, de la frontera internacional entre Perú y Chile que se acordó por un Tratado de Paz y Amistad firmado en Lima en 1929. Frontera internacional que escindió para siempre a Visviri de Ancomarca⁶⁷.

Sergio Márquez Molina⁶⁸, carabinero chileno, a quien le correspondió ser patrullero en el altiplano de Arica, tuvo la experiencia de visitar varias veces el “tripartito”. La primera vez que llegó allí fue el 17 de noviembre de 1957, donde experimentó la extraña sensación de estar simultáneamente en tres países. Señala Márquez “su ubicación hay que determinarla a 4.119 metros de altura, frente al caserío peruano de Ancomarca y a 12 kilómetros al norte de Visviri, donde es posible llegar en mula, después de dos horas de marcha por senderos fáciles de transitar”⁶⁹. Márquez mirando desde la altura que ofrece el tripartito, como si fuera un maravilloso mirador, reflexiona: “El clima que impera en este sector común a estos tres países, experimenta rápidas variaciones en cualquier época del año, y las nubes, que ornamentan el horizonte chileno-peruano-boliviano cambian de nacionalidad, según la dirección del viento... Para ellas no existe país de origen ni barreras fronterizas de ninguna

⁶⁶ Villanueva, Juan y Korpisaari, Antti. “La cerámica Tiwanaku de la isla Pariti como recipiente: Performance y narrativas”. *Estudios Atacameños* N° 46, 2013, p. 84.

⁶⁷ González Cortez, Héctor y González, Sergio. “Ancomarca, la comunidad escindida. La frontera entre Perú, Chile y los aymaras del tripartito”. *Aldea Mundo* N° 45, 2018, 335-392.

⁶⁸ Se graduó en el Instituto Superior de Carabineros y llegó a ser Director General de la Institución.

⁶⁹ Márquez, Sergio. *Patrullajes en el altiplano chileno*. Editorial Orbe, Santiago, 1967, p. 207.

naturaleza que limite su libertad ambulatoria. ¡Son, en realidad, fieles intérpretes del pensamiento bolivariano...!”⁷⁰

Esta perspectiva integracionista, muy próxima al idealismo en relaciones internacionales, nos recuerda que toda comunidad política democrática necesita, siguiendo a Chantal Mouffe, “trazar una frontera entre nosotros y ellos, Schmitt destaca el hecho de que la democracia siempre implica relaciones de inclusión/exclusión”⁷¹. Mouffe insiste: “la cuestión central de la constitución política del pueblo estriba en algo que la teoría liberal es incapaz de abordar adecuadamente, porque la necesidad de trazar esa frontera contradice su retórica universalista (humanista)”⁷². Si bien, lo anterior se circunscribe al interior de una sociedad, la frontera que dividió a las provincias de Tacna y Arica (que incluye a las comunidades andinas) con sus respectivas ciudades, también fue un acto político de separación necesario entre dos poblaciones con historia y cultura comunes.

La frontera norte de Chile o Línea de la Concordia es la más reciente ocupación territorial del Estado-nación. Entre 1884, ratificación del Tratado de Ancón, y 1929, firma del Tratado de Lima, hubo una presencia poblacional e institucional chilenas en esos territorios, pero a partir de 1929 el Estado-nacional pudo desplegar en toda su extensión y soberanía sus instituciones y el Estado de Derecho. Los presidentes chilenos, como J. M. Balmaceda, Germán Riesco, Pedro Montt, entre otros, se abstuvieron en sus viajes al norte de Chile, de llegar más allá del puerto de Pisagua. Reconocían tácitamente que Tacna y Arica no pertenecían en plenitud al Estado nacional, aunque los nacidos en esos territorios fueran ciudadanos chilenos, pero también podían acceder a la nacionalidad peruana.

Tarapacá, en cambio, también provincia peruana antes de la Guerra del Pacífico, fue anexada a perpetuidad en 1884 en virtud de lo establecido en el Tratado de Ancón, por tanto, desde ese momento instituciones tan importantes como la escuela fiscal, la iglesia, las obras públicas, la justicia, el servicio militar, los gobiernos locales, el ordenamiento territorial, etc., expresaban la mentalidad chilena, aunque durante las primeras décadas se recurrió a instituciones peruanas, especialmente subdelegados y jueces en las zonas rurales. Donde fue preciso una necesaria integración cultural fue en la sociedad misma: los puertos, pueblos y campamentos mineros gozaron de una amalgama de nacionalidades, en que la peruana, boliviana y chilena fueron predominantes.

La provincia de Arica, en 1930, no solo fue incorporada de modo definitivo y perpetuo a Chile, sino además fue anexada a Tarapacá, con Iquique como capital. El mismo presidente que firmaría el Tratado de 1929, Carlos Ibáñez del Campo, quien conocía perfectamente Tacna, Arica y Tarapacá, por haber vivido y trabajado en estas

⁷⁰ Idem, p. 208.

⁷¹ Mouffe, Chantal. *La paradoja democrática*. Gedisa Editorial, Barcelona, 2003, p. 60.

⁷² Idem.

provincias, tomó una decisión que generaría una “frontera interior” en la quebrada de Camarones⁷³.

Las poblaciones de las provincias de Arica y de Tacna aceptaron por cuarenta y cinco años -por una razón de Estado- una situación de incertidumbre respecto de la soberanía de esos territorios hasta 1929 y, en 1930, Arica enfrenta una anexión forzada -por razones administrativas- con la provincia de Tarapacá, dando origen a la I región con capital Iquique. A partir de entonces, surge un relato de restitución de su calidad como región, con reconocimiento nacional, sobre la base de una historia e identidad que le diferencian de Tarapacá. Sin embargo, la década de los años de 1930 era de crisis económica y, lamentablemente, no poseía una industria que le permitiera presionar al poder central para ese reconocimiento. Arica, como puerto y como provincia comenzó a mirar al resto de Chile desde el margen y desde la óptica de la postergación.

Recién en abril de 2007, bajo el gobierno de la presidenta Michelle Bachelet, se promulgó la ley N° 20.175 que creó la región de Arica-Parinacota. La lectura inmediata fue suponer que por fin había sido recogida la demanda de la población de la provincia de Arica por independizarse administrativamente de Tarapacá, provincia de la que siempre se sintió distante y distinta. En el mensaje de la presidenta de la República ante la Cámara de Diputados, el 21 de octubre de 2005, con relación a la creación de la XV región de Arica-Parinacota y la provincia del Tamarugal, señalaba: “Respecto de la región de Tarapacá, hubo, desde la fecha de su creación, frustración y reclamaciones de la comunidad de la provincia de Arica por estimar que reunía los requisitos de regionalidad y capitalidad suficientes para constituirse en región por sí misma, basándose en fundamentos de carácter económico, demográfico, territorial, histórico e institucional. Entonces, ¿Por qué debieron transcurrir 75 años para que esos argumentos fueran transformados en una política pública de ordenamiento territorial que se aproximara simétricamente a la realidad social, cultural e histórica de sus habitantes?”

Lo que nunca demandaron los ciudadanos ariqueños -antes ni después de 1930- fue separarse del Norte Grande, porque siempre sintieron que pertenecían a esa denominación abarcadora por una geografía, historia y cultura que emergía con la república.

Esas diferencias al interior del Norte Grande: ariqueños, tocopillanos, antofagastinos, taltalinos, pampinos, andinos, etc., nos recuerdan al notable historiador francés Fernand Braudel, quien se pregunta: “¿qué francés no se complace en el espectáculo de una Francia dispar, inesperada, que cambia de rostro, de género de vida, de naturaleza, de tipos de población, de colores a cada veinte, treinta o

⁷³ Patricia Arévalo. “Valle de Camarones: frontera sur en la percepción de un espacio funcional andino”. *Revista Frontera* N° 12, 1993, 109-119.

cuarenta kilómetros?”⁷⁴. Como la diversidad que observaba Braudel en Francia, Sabella nos dice que:

“Aunque nuestra estirpe es una, los chilenos esplenden en matices peculiares determinados por su medio: existe el Roto a secas; pero, nunca en seco; y existen rotos de aquí y allá. A cada provincia particulariza su criatura, a pesar de la saludable unidad del hombre chileno. Somos todos de un mismo color por dentro; más, no nos amalgamamos en las simas, confundiéndonos y destruyéndonos el contorno particular...”

*Y, ¿cuáles características serían particulares del pampino o del nortino? (...) La naturaleza bárbara talló el cuerpo del pampino. El maquinismo destrozó la actitud reverencial. La respiración del progreso henchió el pensamiento pampino...”*⁷⁵

Y, podríamos agregar, también a ese espíritu emancipador y rebelde, que la Historia de Chile le ha reconocido.

Bibliografía consultada:

AMAYO, ENRIQUE. *La política británica en la Guerra del Pacífico*. Editorial Horizonte, Lima, 1988

ARÉVALO, PATRICIA. “Valle de Camarones: frontera sur en la percepción de un espacio funcional andino”. *Revista Frontera* N° 12, 1993, 109-119.

ADVIS, PATRICIO. *El desierto conmovido. Paso de la hueste de Almagro por el Norte de Chile*. UNAP, Iquique, 2008.

AMAYO, ENRIQUE. *La política británica en la Guerra del Pacífico*. Editorial Horizonte, Lima, 1988.

AMPUERO BRITO, GONZALO. *Antiguas culturas del Norte Chico*. Ediciones del Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago, 1978.

AMUNÁTEGUI, MIGUEL LUIS. *La Cuestión de Límites entre Chile y Bolivia*. Imprenta Nacional, Santiago, 1863.

ANGULO PUENTE ARNAO, JUAN. *Historia de los límites del Perú*. Imprenta de la Intendencia General de Guerra, Lima, 1927.

ARANÍBAR QUIROGA, ANTONIO. *Bolivia, Chile y Perú: hacia un futuro compartido*. Plural Editores, La Paz, 1999.

⁷⁴ Braudel, Fernand. *La identidad de Francia. El espacio y la historia*. Gedisa Editorial, Barcelona, 1993, p. 37.

⁷⁵ Sabella, Andrés. *Semblanza del Norte Chileno*. Editorial Universitaria, Santiago, 1986, p. 41.

ARCE, ISAAC. *Narraciones Históricas de Antofagasta*. (1930). Segunda edición por la Corporación Pro Antofagasta, Antofagasta, 2004.

Artaza et. al. *A noventa años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique*. LOM, DIBAM, Santiago, 1998.

BAHAMONDE, MARIO. *Pampinos y Salitreros*. Editorial Nacional Quimantú, Santiago, 1973.

BARROS VAN BUREN, MARIO. *Historia diplomática de Chile 1541-1938*. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1990.

BENEDETTI, ALEJANDRO. “El ferrocarril Huaytiquina, entre el progreso y el fracaso: Aproximaciones desde la geografía histórica del territorio de los Andes”. *Revista Escuela de Historia*, ene./dic., vol.1, N° 4, 2005, 123-165.

BERMÚDEZ, OSCAR. *Historia del salitre, desde sus orígenes hasta la Guerra del Pacífico*. Universidad de Chile, Santiago, 1963.

Bertrand, Alejandro. *Memoria sobre las cordilleras del desierto de Atacama y regiones limítrofes*. Imprenta Nacional, Santiago, 1885.

BILLINGHURST, GUILLERMO. *Estudio sobre la geografía de Tarapacá*. Imprenta El Progreso, Santiago, 1886.

BILLINGHURST, GUILLERMO. *Los capitales salitreros de Tarapacá*. Imprenta El Progreso, Santiago, 1889.

BLAKEMORE, HAROLD. *Historia del Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia 1888-1988*. Impresos Universitaria, Santiago, 1990.

BONILLA, HERACLIO. *Un siglo a la deriva: ensayos sobre el Perú, Bolivia y la guerra*. Instituto de Estudios Peruanos, Estudios Históricos, Lima, 1980.

BONILLA, HERACLIO. *El minero de los Andes: una aproximación a su estudio*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1974.

BRAUDEL, FERNAND. *La identidad de Francia. El espacio y la historia*. Gedisa Editorial, Barcelona, 1993.

CAJÍAS, FERNANDO. “Los mitos históricos como obstáculos.” En: Barrios, Raúl (Editor) *Bolivia, Chile y Perú: una opción cooperativa*. La Paz: UDAPEX, ILDIS, III, CAF, 1997.

CARMAGNANI, MARCELLO. *El otro occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*. México: Fondo de Cultura Económica, Fideicomiso Historia de las Américas, Serie Ensayos, 2004.

CASTRO, LUIS. “Actividad minera, actores locales y planteamientos de desarrollo regional (Tarapacá 1880-1930). *Revista de Estudios Atacameños* N° 22,2002, 77-89.

CASTRO, LUIS. “Espejismo en el desierto: proyectos ferroviarios e integración subregional (Tarapacá 1964-1937)”. *Revista Si Somos Americanos*, Instituto de Estudios Internacionales, universidad Arturo Prat, volumen V, año 4, 2003, 21-48.

CASTRO, V, C. ALDUNATE Y V. VARELA. “Ocupación humana del paisaje desértico de Atacama, Región de Antofagasta”. *ARQ* N° 57, 2004, 14-17.

CORTÉS, FRANCISCO JAVIER. “Ensayo sobre la idea de vida en Dilthey”. *Scientia Helmantica*, Revista Internacional de Filosofía, N° 1, marzo de 2013.

DEVÉS VALDÉS, EDUARDO. *Los que van a morir te saludan*. Ediciones Documentas, Nuestra América Ediciones y América Latina Libros, Santiago, 1988.

- DAGNINO, VICENTE. *El Corregimiento de Arica*. Imprenta La Época, Arica, 1909.
- DURÁN BACHLER, SAMUEL. “La doctrina latinoamericana del Uti possidetis”. *Atenea* N° 432, 1975.
- FIERRO, ALEJANDRO. *Cuestión Chileno-Boliviana. Exposición del Ministro de Relaciones Exteriores de Chile sobre los motivos que justifican la reivindicación del territorio comprendido entre los paralelos 23 y 24 latitud sur*. Imprenta de La Patria, Valparaíso, 1879.
- FOUCHER, M. *Fronts et frontières*. Fayard, París, 1991.
- GALAZ-MANDAKOVIC, D. Y OWEN, E. *Hermanos Latrille: impronta en el desierto*. Retruécanos Ediciones, Tocopilla, 2015.
- GAVIRA, MA. CONCEPCIÓN. “Producción de plata en el mineral de San Agustín de Huantajaya (Chile), 1750-1804”. *Chungará*, Revista de Antropología Chilena, Vol. 37 N° 1, 2005, 37-57.
- GODOY, MILTON Y SERGIO GONZÁLEZ. “Norte Chico y Norte Grande: construcción social de un imaginario compartido, 1860-1930”. En: González, Sergio (comp.) *La Sociedad del salitre. Protagonistas, migraciones, cultura urbana y espacios públicos*. RIL Editores, Santiago, 2013, pp. 195-211.
- GONZÁLEZ, CARLOS, HUGO ROSATI Y FRANCISCO SÁNCHEZ. *Guamán Poma. Testigo del mundo andino*. Centro de Investigaciones Barros Arana, Santiago, 2003.
- GONZÁLEZ CORTEZ, HÉCTOR Y, SERGIO GONZÁLEZ. “Ancomarca, la comunidad escindida. La frontera entre Perú, Chile y los aymaras del tripartito”. *Aldea Mundo* N° 45, 2018, 335-392.
- GONZÁLEZ PIZARRO, JOSÉ ANTONIO. “Bolivia y Chile (1810-200)”. En Lacoste, Pablo (compilador) *Argentina, Chile y sus vecinos*. Colección Cono Sur, Caviar Bleu, Mendoza, 2005, 335-392.
- GONZÁLEZ PIZARRO, JOSÉ ANTONIO, MARCELO LUFIN VARAS Y CLAUDIO GALENO IBACETA. “La presencia boliviana en el desierto de Atacama después de la postguerra de 1879. Patrones de migración e inserción en la sociedad de Antofagasta”. *Diálogo Andino*, N°48, 2015, 109- 126.
- GONZÁLEZ, SERGIO. “¿Especuladores o industriales? La política chilena y el problema de la propiedad salitrera en Tarapacá durante la década de 1880”. *Revista Historia*, Vol. 47, N° 7, 39-64.
- GONZÁLEZ, SERGIO. “Las combinaciones salitreras: el surgimiento del empresariado del nitrato en Chile (1884-1910)”. *Diálogo Andino* Revista de Historia, Geografía y Cultura Andina, N°42, diciembre, 2013, 41-56.
- GONZÁLEZ MIRANDA, SERGIO. “El concepto de “cantón salitrero” y su funcionalidad social, territorial y administrativa: los casos de Zapiga, Lagunas y El Toco”. En: González, Sergio (comp.) *La Sociedad del salitre. Protagonistas, migraciones, cultura urbana y espacios públicos*. RIL Editores, Santiago, 325-366, 2013.

GONZÁLEZ MIRANDA, SERGIO. *Sísifo en los andes. La (frustrada) integración física entre Tarapacá y Oruro. Las caravanas de la amistad de 1958*. RIL editores, Santiago 2012.

GONZÁLEZ MIRANDA, SERGIO *Matamunqui. El ciclo de expansión del nitrato de Chile. La sociedad pampina y su industria*. RIL Editores, Santiago, 2016.

GONZÁLEZ, SERGIO Y OVANDO, CRISTIÁN “Las conferencias de Washington y la preposición Kellogg: el papel de Estados Unidos frente a la “tercería” boliviana como herramienta de política exterior”. *Historia* 396 N° 1 2009, 165-188.

GONZÁLEZ SALINAS, EDMUNDO. “La enseñanza de la geografía de Chile”. *Revista Geográfica de Chile Terra Australis*, N° 15 y 16, 1958, 61-69.

GUAJARDO, GUILLERMO. *Tecnología, Estado y Ferrocarriles en Chile 1850-1950*. Fundación de los Ferrocarriles de España, México, 2007.

GUAMÁN POMA DE AYALA, FELIPE. *El primer nueva corónica y buen gobierno*. México D.F.: Siglo XXI, 2006.

HEIDEGGER, MARTÍN. “Construir, habitar, pensar”. En: Heidegger, M. *Conferencias y artículos*. Odós, Barcelona, 1994.

HERNÁNDEZ, ROBERTO. “El salitre: resumen histórico desde su descubrimiento y explotación”. Fisher Hnos., Santiago, 1930.

ITURRASPE, FRANCISCO. “Nota crítica: Mundialización, regionalización y territorio: un enfoque histórico y la revisión de algunos aspectos teóricos”. *Región y Sociedad*, El Colegio de Sonora, enero-abril, N° 23, 2002, 171-191.

JAKSIC, FABIÁN, PABLO MARQUET Y HÉCTOR GONZÁLEZ. “Una perspectiva ecológica sobre el uso del agua en el Norte Grande: la región de Tarapacá como estudio de caso”. *Estudios Públicos* N° 68, 1997, 171-195.

LACOSTE, PABLO. “Argentina y Chile (1810-200)”. En Lacoste, Pablo (compilador). *Argentina, Chile y sus vecinos*. Caviar Bleu, Colección Cono Sur, Mendoza, 2005, 30-64.

MÁRQUEZ, SERGIO. *Patrullajes en el altiplano chileno*. Editorial Orbe, Santiago, 1967.

MAYO, JOHN. “La Compañía de Salitres de Antofagasta y la Guerra del Pacífico”. *Revista Historia* N° 14, 1979, 71-102.

MOUFFE, CHANTAL. *La paradoja democrática*. Gedisa Editorial, Barcelona, 2003.

NOEJOVICH, H. Y VENTO, A. *Guano, salitre y finanzas públicas: el Pacífico en el siglo XIX*, Documento de Trabajo N°273, PUCP, Lima, 2009.

OJEDA, ORIETTA ET AL., *Catálogo exposición Museo Regional de Iquique del proyecto “Remodelación de la sala Qhapaq Hucha de altura, momias Cerro Esmeralda” (2011-2012)*. IMI, Iquique, 2012.

PANADÉS VARGAS, JUAN LUIS, JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ PIZARRO. *Antofagasta, historia de mi ciudad*. Corporación Pro-Antofagasta, Antofagasta, 1998.

PAZ SOLDÁN, MARIANO FELIPE. *Verdaderos límites entre el Perú y Bolivia*. Imprenta Liberal, Lima, 1878.

PÉREZ DE ARÉVALO, LILIA FANNY Y ESTHER MARÍA TORINO. “Argentina y Bolivia (1810 – 2000)”. En: Lacoste, Pablo (compilador) *Argentina, Chile y sus vecinos*. Caviar Bleu, Colección Cono Sur, 2005, Mendoza, 283-334.

POZO, JOSÉ MIGUEL. “La historia del ferrocarril de Arica a La Paz”. Revista *MAPOCHO* N° 62, 2007, 215-237.

QUEREJAZU CALVO, Roberto. *Guano, salitre, sangre*. Editorial Los Amigos del Libro, La Paz, 1979.

Revilla, Carmen, “Del historicismo a la hermenéutica: la recepción de Dilthey”. *Convivium* N° 17, 2004, 81-102.

SABELLA, ANDRÉS. *Semblanza del Norte Chileno*. Editorial Universitaria, Santiago, 1986.

SAN CRISTÓVAL, EVARISTO. *La enojosa controversia sobre el salitre sostenida entre Bolivia y Chile. El famoso impuesto de los diez centavos*. Imprenta de la Ley, Lima, 1919.

SAN ROMÁN, FRANCISCO. *Desierto y cordillera de Atacama*. Imprenta Nacional, Santiago, 1896.

SCHMITHUESEN, JOSEF. “El Norte de Chile: explotación minera e industrial en el desierto de Chile septentrional”. Revista Geográfica de Chile *Terra Australis* N° 12, 49-60.

SEMPAT ASSADOURIAN, CARLOS. *El sistema de la economía colonial. Mercado interno, regiones y espacio económico*. IEP, Lima, 1982.

SEMPER, E. Y MICHELS, E. *La industria del salitre en Chile*. Imprenta Barcelona, Santiago, 1908.

TRELLES, EFRAÍN. *Lucas Martínez Vegazo: funcionamiento de una encomienda peruana inicial*. Fondo Editorial PUCP, Lima, 1983.

VILLANUEVA, JUAN Y ANTTI KORPISAARI. “La cerámica Tiwanaku de la isla Pariti como recipiente: Performance y narrativas”. *Estudios Atacameños* N° 46, 2013, 83-108.

WALLERSTEIN, IMMANUEL. *El moderno sistema mundial*. Siglo XXI Editores, Madrid, 2010.